

Fondo Kati

A pesar de que desde 1989 había comenzado a volar a capitales africanas y que desde 1991 había visitado Senegal con asiduidad, ocupado en la logística de la exposición de Seni Camara, de vacaciones familiares en sus playas y visitando la bienal Dak'Art, no fue hasta 2001 cuando me interesé por la historia del continente. Mi atención se ceñía al arte contemporáneo, puesto que allí encontraba la obra de artistas que no necesitaban una explicación escrita para ser comprendidos, leídos, por la población con frecuencia iletrada a la que se dirigen. La historia nunca me había interesado, ninguna historia, ni siquiera la de España, considerando que el texto histórico era por lo general pesado, aburrido y engañoso. Todo cambió al conocer la existencia en Tombuctú de una biblioteca andalusí llamada Fondo Kati, a cuyo propietario conocí poco tiempo después durante su estancia en Granada: Ismael Diadié Haïdara. Manuscritos en el Sahara, filtración de cultura andalusí, gobierno de moriscos, todo aquello me resultaba desconocido, no comprendía como toda aquella historia que tan de cerca nos tocaba podría haber sido completamente ocultada y tergiversada. Me sentí engañado y, frente a tan molesta situación, siempre reacciono con ganas de aprender y desmontar falsedades. Dos años antes este señor había dado a conocer al mundo la reunificación de una biblioteca que los especialistas franceses habían dado por desaparecida durante el siglo XIX. Desarrollaba además Ismael Kati una narrativa peculiar que pronto hizo saltar la suspicacia de los historiadores españoles. Los descendientes del penúltimo rey godo, Witiza, se habrían islamizado a lo largo del siglo VIII para pasar a engrosar, no el grupo de los muladíes, cristianos conversos, sino el de baladíes, auténticos árabes de origen, merced a que el matrimonio de sus miembros con los inmigrantes de oriente les garantizaba la continuidad de sus privilegios y el acceso al poder. Desde aquel momento, los *Banu al-Quti*, hijos del godo, dejaron una línea genealógica que nos conduce a la ciudad de Toledo a mediados del siglo XV, cuando un juez de la morería tuvo que partir al exilio con sus manuscritos para instalarse en el puerto caravanero de Gumbu y tomar por esposa a una princesa soninké. Con suficientes personajes ilustres, hagiógrafos, jueces y alcaldes, el linaje pudo conservar en Malí una fabulosa colección de manuscritos durante cinco siglos, hasta la mencionada reunificación llevada a cabo por quien se declaraba último eslabón de la estirpe, Ismael Kati, salvándolos así de la rapiña de coleccionistas y mercaderes. Los manuscritos de Fondo Kati presentan una peculiaridad con respecto a las demás bibliotecas del Sahara: al haber sido siempre una biblioteca familiar, los libros muestran anotaciones marginales que atestiguan la procedencia toledana, la propiedad, así como una completa saga de siglos de grave inestabilidad en el entorno del delta interior del río Niger. Comencé a estudiar historia de África con autores franceses e ingleses y, a los pocos meses, fui hasta Tombuctú en busca de un historiador y una biblioteca, con objeto de escribir un breve artículo, como ya había hecho con otros temas; pero allí encontré a un poeta, un hombre sensible acuciado por la doble amenaza independentista y yihadista que ya por entonces se cernía como un mal presagio sobre Tombuctú y alrededores. Como me pasó con la pintura suwér, el resultado de todas aquellas novedades fue que, al sentirme yo mismo en completa ignorancia tan solo unos meses antes y ver que mis conciudadanos suelen desconocer, y lo que es peor, despreciar las culturas de los africanos, y además comprobar la ausencia de publicaciones especializadas en castellano, me propuse escribir una completa historia de África Occidental que contuviera la narrativa que Ismael Kati ponía sobre el tablero, por su relevancia cultural y el provecho que podría suponer en España. En aquel momento, no imaginaba la dimensión real de mi proyecto.